

Un apócrifo

Mauricio Molina

El protagonista de esta historia de Mauricio Molina, el autor de La trama secreta, llega a un punto de la vida en que las pérdidas lo acosan: termina su matrimonio, se distancia de su hija, es abandonado por su amante y su mentor fallece. El alcohol es la salida hasta que aparece la única recompensa: un texto desconocido que se atribuye a Kafka y del cual él debe hacer la traducción.

Por aquellos días Macías estaba deprimido. Había roto con Karina y no había forma de volver a ella. Su vida sentimental estaba hecha pedazos. Lo había dejado todo —a su familia, a Camila, su hija, sus propiedades, cuenta de banco, todo— por irse a vivir con ella, y ahora ella lo había abandonado. Una escueta nota en la mesa de noche había sido la única manera de decírselo. Las palabras de Karina se habían quedado grabadas en su mente con letras de fuego: *no te soporto un momento más*. Era como estar en una telenovela, y sin embargo se habría lanzado a sus pies por retenerla. Pensó en el suicidio, o al menos en un simulacro de suicidio para hacerla regresar, pero se arrepintió a tiempo. A sus 33 años ya había vivido lo suficiente como para llevar tan lejos las cosas. Bien mirado era lo mejor que podía pasarle. Un sinnúmero de pensamientos y emociones lo impregnaron como una materia viscosa.

Todo el asunto se veía, a la distancia, muy vulgar. Ya no podía regresar con su ex esposa, pero tenía a Camila, tenía una razón para estar en el mundo. Suicidarse no haría sino más patética su condición de payaso o comediante. En el fondo sabía muy bien la razón por la que lo había abandonado Karina: lo consideraba un mediocre. En un principio la había seducido, el escritor que publicaba cuentos y ensayos en las mejores revistas literarias, que daba clases en prestigiosas universidades, pero el dinero nunca bastaba, y en la cama eran como el agua y el aceite. Macías era en aquel tiempo un ani-

mal fogoso y lleno de vida mientras que Karina era fría, distante, un poco ajena a los juegos eróticos que se le proponían.

A pesar de que intentó regresar con su ex esposa, el daño estaba hecho: Esther no podía perdonarlo. La había dejado con una hija pequeña por una mujer más joven. Lo peor de todo es que ambas pertenecían a la pequeña comunidad de amigos. A raíz del rompimiento con Karina nunca pudo reconstruir su relación, si bien con el paso de los años se hicieron buenos amigos y el resultado fue que Camila nunca dejó de estar orgullosa de ser su hija.

Pero regresemos al momento en que Macías ha descubierto la absurda nota. No es un momento fácil en su vida. Además, y para empeorar las cosas, su amigo y maestro Andreas Vogelius estaba muriendo. Se había enterado por amigos cercanos. Vogelius era amigo de la familia de Esther y se había alejado de él a raíz del rompimiento. Vogelius no iba a hablarle ni a buscarlo, la conciencia de la próxima muerte suele llevarse con dignidad y discreción.

Andreas Vogelius, su maestro y mentor, había llegado a México muchos años antes procedente de Ucrania huyendo del terror del nazismo. Toda su familia había muerto en los campos de exterminio. Un azar afortunado del destino lo había puesto en un barco rumbo a Londres, donde fue recibido por unos parientes cercanos con apenas tres lustros encima. Entre los baúles con

los que lo habían logrado enviar sus padres se encontraban libros antiquísimos y muy raros: ejemplares del *Talmud* y del *Quijote*, libros de Spinoza y Kierkegaard, ediciones príncipe de Tolstoi e Isaac Babel. Gracias a aquella colección y a la ayuda de sus parientes, había puesto una pequeña librería de libros raros que en sus buenos tiempos gozó de una buena reputación, aunque de muy malas ventas en el ámbito londinense. A principios de los años cincuenta se enamoró de Lucía, una muchacha sefaradita hija de anarquistas exiliados de paso rumbo a México. Finalmente se asentó con ella en la colonia Roma, donde puso una librería de libros raros que floreció hasta convertirlo en un hombre próspero. Amigo de Polo Duarte, el legendario librero de la avenida Hidalgo, Vogelius acostumbraba tomar café con los exiliados españoles en el Villarías, a veces tomaba coñac con Salvador Novo en La Ópera y formó parte de la rica efervescencia cultural del México de los años cincuenta y sesenta.

A mediados de los años setenta, Macías, durante sus acostumbradas escapadas en busca de libros, iba de vez en cuando a la librería de Polo Duarte, donde Arreola jugaba al ajedrez con Salvador Elizondo, a veces se apersonaban Antonio Alatorre, Fernando Benítez y tantos otros. Macías a la sazón contaba con 17 años, era amante de Nicole, su maestra de francés, de 30 años, y ya había abandonado toda ilusión por convertirse en un revolucionario. Prefería aprender un poco de aquellas conversaciones y había aprendido a despreciar el sectarismo de sus compañeros comunistas. A veces se burlaban de aquel muchacho de pelo ensortijado y tímido que llevaba un pantalón de mezclilla raído y un morral de cuero al hombro. La primera vez que se había acercado a la librería de Polo Duarte había ido a preguntar, lo recordaba perfectamente, por un libro que no podía leer en el original porque apenas empezaba sus estudios de francés. Se trataba de *Al revés*, de Huysmans, libro legendario, cuya traducción de Blasco Ibáñez era a la sazón

inconsequible. Cuando aquel muchachito de lentes de oro preguntó por el libro nada menos que a aquellos libreros viejos y experimentados, soltaron una risotada que aún en su vejez Macías recordaba con cariño.

—Ese libro es casi imposible de encontrar y cuesta carísimo —le dijo Polo Duarte bromeando, pero el joven Macías, como cualquier joven de 17 años, se lo tomó muy a pecho y guardó silencio. Sabía que se estaban burlando de él, pero contuvo la retahíla de insultos que bullía en su mente. Vogelius se encontraba en el grupo de libreros burlones. Una vaga simpatía se apoderó del muchacho y le extendió una tarjeta que contenía su nombre y la dirección de su librería.

—Ven a verme la semana que entra y platicamos de tu libro.

Cuál no sería su sorpresa al obtener, de manos de Vogelius, la edición de *Al revés* de Huysmans y de *Allá lejos*. Eran dos volúmenes en rústica, descabalados, el lomo totalmente desprendido que dejaba ver los pliegos como las costillas de un cadáver. Vogelius estaba intriguado y al preguntarle la razón por la que tan fervientemente quería leer a aquel escritor tan raro obtuvo una respuesta de una ingenuidad que lo llenó de ternura.

—Estoy estudiando en el IFAL, pero apenas si puedo entender una frase en francés. Me interesa mucho leer a Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud. Estos libros aparecen citados en todas partes y no puedo leerlos todavía en el original.

—Hay libros que no se pueden abrir impunemente y veo que tú ya has abierto unos cuantos. A tu edad yo estaba leyendo a Julio Verne.

Macías respondió casi con desprecio.

—A Julio Verne lo leía cuando tenía diez años.

Se llevó los libros a cambio de encuadernarlos. A partir de la siguiente semana Macías se convirtió en un asiduo de la librería de Vogelius. Este se convirtió en una especie de maestro, a menudo le regalaba libros y muy pronto se convirtió en una suerte de discípulo. Gra-





Macías a Vogelius, Macías leyó por primera vez a Kafka e impulsado por él se metió a estudiar alemán en el Instituto Goethe. Recordaba con especial ternura el regalo de bodas que le había dado: una edición antigua de *Die Verwandlung*, de 1915, que debía de valer una pequeña fortuna.

Habían pasado casi 17 años de aquel primer encuentro y ahora el buen Vogelius estaba muriendo y Macías estaba pasando por un angustioso periodo de soledad. Sin familia, sin amante, alejado de los suyos a partir de su separación, se había quedado con unos cuantos amigos. Su única amistad en aquellos tiempos era la botella. Se emborrachaba todos los días y ya comenzaba a tener problemas con el alcohol.

Lo fundamental era en aquel momento ir a ver a Vogelius. Viudo y solo, sus amigos, Juan José Arreola, Polo Duarte, Salvador Novo y tantos otros, ya se habían ido antes que él. Vogelius vivía rodeado de su colección de libros que pensaba donar a la Biblioteca Nacional.

Lo encontró postrado en la cama. El cáncer lo estaba devorando.

Discretamente Vogelius le reprochó el no haberse visto en los últimos tiempos. Vogelius sabía de su ruptura con Esther y le dijo que aquella no era una razón para dejarse de ver.

—Te recuerdo que nuestra amistad comenzó mucho antes de tu matrimonio.

La muchacha les trajo algo de beber.

—Sé que ahora bebes y ya eres un hombre. No tengo nada que reprocharte, salvo que tengas cuidado. Un día te dije que había libros que no se abrían impunemente, pero la botella guarda demonios aun más destructivos. Y a diferencia de los demonios de los libros ahí no vas a encontrar nada. Yo pasé lo mismo cuando murió Lucía, así que no malgastes saliva en excusas.

Vogelius seguía teniendo su carácter. Macías quiso interrumpirlo, justificarse, pero Vogelius no lo dejó hablar.

—Es tu vida. Tienes mucho que hacer con tu obra. Tienes que seguir escribiendo. Después de esta tarde es posible que no volvamos a vernos, pero te quiero dar algo. En unos días me voy a morir, no se necesita de un doctor para darse cuenta.

Macías supo que ya nunca más volvería a verlo.

Vogelius le indicó con un gesto una carpeta de cuero en uno de los estantes.

—Ábrela. Quiero que la guardes.

Macías vio un manuscrito escrito en octavo, de escasas páginas, amarillento y ajado: las hojas desprendidas de un viejo cuaderno. No tardó en darse cuenta de que era un texto escrito en alemán. Miró a Vogelius sin comprender.

—Este manuscrito me lo vendió una sobreviviente de Auschwitz. Lo obtuvo de una mujer que había conocido a su autor poco antes de ser enviada a la cámara de gases. No tenía razones para no creerle: los sobrevivientes nunca mienten. Según el hombre que me lo vendió, la mujer que se lo entregó era Dora Diamant, la última mujer de Kafka. De seguro la recuerdas. Dora, como toda la familia y casi toda la gente que conocía a Kafka, murió en Auschwitz. Franz —Vogelius hablaba de Kafka y de muchos de sus autores predilectos con la familiaridad de quien ha convivido con ellos— les pidió quemar sus manuscritos a ella y a Max Brod. La quema de los manuscritos de Kafka comenzó un poco antes de su muerte. Max logró rescatar lo que ahora conocemos como las *Obras completas* de Kafka. Se rumoreaba que Dora había guardado algunos textos para ella. En Londres hice revisar el texto. Nunca se pudo determinar si el texto era de Kafka. Algunos rasgos coincidían, otros no. Me llegaron ofrecimientos para venderlo a fundaciones checas, alemanas, israelíes, pero nunca quise deshacerme de este documento. Me bastaba con saber que había pertenecido a Dora y que podría ser un manuscrito de Kafka. Ahora es tuyo. Quiero que lo traduzcas, que trates de autentificarlo o de hacer algo con él. Es mi legado para ti.

Vogelius guardó silencio un rato.

—Ahora el fuego me espera a mí. He dejado instrucciones para mi cremación. Yo también quiero morir convertido en cenizas, como tantos libros y tantos herejes y tantos judíos. El fuego es mi destino.

Macías se despidió de su viejo maestro mientras sostenía entre sus brazos aquel cuerpo enjuto, reducido a unos cuantos huesos y recordó los libros que le había regalado y que había leído gracias a su consejo. Al atravesar la puerta con el manuscrito bajo el brazo, recordó las veces que Lucía, la esposa de Vogelius, lo revisaba antes de salir del departamento para impedir que Vo-



gelius regalara libros valiosos. Alguna vez le había sacado de la mochila de cuero una edición del *Quijote* en inglés con litografías numeradas de Salvador Dalí. Así Lucía le había quitado de las manos la gigantesca edición del *Canto general* de Pablo Neruda ilustrado por Rivera y Siqueiros, una edición de la *Revista Mexicana de Literatura* donde se había publicado por primera vez “Un pedazo de noche” de Juan Rulfo. Vogelius era desprendido por naturaleza y regalaba los libros a quienes le parecía que podían apreciarlos. Pero Lucía no compartía su opinión. A pesar de ello, Macías conservaba varios libros que le había regalado Vogelius: un ejemplar de la *Biographia literaria* de Coleridge, una edición facsimilar de *Un coup de dés* de Mallarmé editada en 1923. Una edición de las *Confesiones de un comedor de opio inglés* que llevaba la firma de José Juan Tablada y entre sus tesoros la primera edición del *Elogio de lo usado* de Salvador Novo dedicada al propio Vogelius.

Durante algunas semanas guardó el extraño manuscrito que le había regalado Vogelius. Era como si estuviera esperando su muerte para poderlo revisar. Un par de semanas después Vogelius falleció. Fue incinerado en una pequeña ceremonia. Ahí se encontró con Esther y con Camila. Sintió un poco de alivio de haber roto con Karina. Pudo saludar con naturalidad a su ex esposa y jugar por primera vez con la pequeña Camila, quien lo miraba recelosa. La familia de Esther lo saludó con frialdad y salió de ahí antes de que diera comienzo la cremación. Al cabo de un rato se sentó en el bar Gante, pidió un tequila y una cerveza y se emborrachó despacio pensando en el viejo Vogelius. Ebrio, al atardecer, caminó rumbo a la Avenida Hidalgo y vio la horrible construcción donde se había erigido un banco en donde alguna vez había estado la librería de Polo Duarte. Esa noche el taxi lo depositó en su departamento. Si-

guió bebiendo encerrado en su casa, pensando en las pérdidas que había sufrido en menos de un año: su esposa, su hija, su amante, su maestro. Alejado de su familia, con unos cuantos amigos, esa noche lloró la canción del infinito tirado bajo la ventana, que recortaba el fragmento de una noche sin estrellas, hasta que perdió el conocimiento.

Pasaron muchos días sin que se acercara a la carpeta de cuero que atesoraba el apócrifo de Kafka.

Cuando finalmente, después de varios días de sobriedad, tradujo las primeras palabras, el texto rezaba de la siguiente manera:

Acerca del Gólem refieren diversas leyendas: imitación de la creación divina, ser que lleva a cabo las labores de la casa y que no habla, homúnculo inventado por un mago o defensor del gueto en peligro. Todos hablan del Gólem, sin embargo nadie se detiene en su silencio empecinado, en su manera de habitar la vida y la no vida (Unleben), en su calidad fundamental de despojo arbitrariamente traído a la existencia. Detengámonos un poco en su mutismo. ¿Puede hablar o simplemente se niega a hacerlo? Porque si fuese capaz de hablar, ¿cuántas cosas impensables nos diría! ¿Qué misterios profundos de la materia sería capaz de revelarnos! Y así permanecemos, siempre, a la espera de que el Gólem, esa masa de lodo que ha accedido a la vida, nos revele el secreto y el milagro sea completo. Entonces quizá todas las cosas hallarán su sitio y nosotros podamos ir al encuentro de nuestra propia sombra...

Al revisar aquellas primeras palabras, Macías sintió que estaba de regreso de un largo viaje. Como el Gólem, había renacido de la masa informe de sus actos.

No sabía adónde había ido, ni dónde había estado, atrapado entre el presente y la memoria, pero sentía el placer de quien regresa de un largo y penoso viaje. **U**